



Universidad
Zaragoza

Trabajo Fin de Grado

Caracterización y motivaciones de un diario de viaje
de la literatura virreinal: *De Salamanca, España, a*
Ciudad Real, Chiapas (1544-1546) de fray Tomás
de la Torre

Autor

Carlos Torres Villanueva

Director

Daniel Mesa Gancedo

Graduado en Filología Hispánica

Facultad de Filosofía y Letras

Curso 2021/2022

Resumen: Este trabajo pretende estudiar el diario de viaje de fray Tomás de la Torre, escrito a mediados del siglo XVI y cuyo manuscrito original se ha perdido. Para ello, es preciso atender al análisis de los problemas de su historia textual y de contenido. En concreto, de las transcripciones, ya que muestran ciertas modificaciones que, aunque nos permiten su reconstrucción, implican una hibridación entre las voces del relator y del transcriptor. A su vez, también se van a examinar las distintas causas que motivaron la redacción de este texto. Por un lado, encontramos razones políticas ligadas a la apología de la implantación de las Leyes Nuevas en América y; por otro, religiosas, fuertemente marcadas por la condición de su autor, como la defensa de la evangelización en América, la exaltación de su orden religiosa o la alabanza de Dios. Finalmente, también se tendrá en cuenta el gran número de descripciones paisajísticas y antropológicas que presenta el diario de viaje, que demuestran un constante intento por parte del autor de dar a conocer un mundo totalmente desconocido para el lector.

***Abstract:** This work intends to study friar Tomás de la Torre's travel diary, written in the mid-sixteenth century and whose original manuscript has been lost. In order to do it efficiently, it is necessary to examine in detail the problems of its textual history and content. In particular, of the transcriptions, because even if they allow us to reconstruct the text, they present serious modifications that imply a hybridization between the voices of the narrator and the transcriber. At the same time, the different reasons that motivated the writing of this text will also be examined. On the one hand, we find political reasons linked to the support of the implementation of the New Laws in America. On the other hand, religious causes, strongly marked by the condition of their author, such as the defense of evangelization in America, the exaltation of their religious order or the praise of God. Finally, the large number of landscape and anthropological descriptions presented in the travel diary will also be considered, which demonstrate a constant attempt by the author to make known a world totally unknown to the reader.*

Índice

1. Introducción	4
2. Distintos tipos de textos historiográficos del periodo virreinal.....	5
3. Caracterización formal del relato	7
3.1. Estructura del relato	7
3.2. Narrador y destinatario	13
4. Motivaciones del relato del viaje	19
4.1. Motivaciones administrativas o políticas.....	20
4.2. Motivaciones religiosas	23
4.2.1. Evangelización utópica.....	23
4.2.2. Exaltación y propaganda de la orden religiosa.....	24
4.2.3. Alabanza de Dios y de la religión.....	27
5. Caracterización de dos mundos.....	30
5.1. Visión de España y de los españoles	30
5.2. Visión de América y de los indios	33
6. Conclusiones	36
7. Bibliografía.....	38
7.1. Primaria.....	38
7.2. Secundaria.....	38

1. Introducción

El descubrimiento de América para el continente europeo supuso la apertura a un nuevo mundo lleno de oportunidades con espacios únicos y situaciones nunca antes vividas. Teniendo en cuenta el afán por el conocimiento propio del ser humano, resulta comprensible encontrar textos del proceso de expansión europea. Tradicionalmente, estos han sido denominados como escritos de la época colonial. Sin embargo, el concepto de «colonial» comenzó siendo una metáfora tomada del ámbito económico o político, considerando la relación que se establecía entre un territorio invadido y su metrópolis. Si aceptamos este adjetivo y lo ponemos al lado del término «literatura», tenemos que entender que es un uso metafórico con unas claras connotaciones negativas. Por tanto, la denominación «colonial», aunque es la más amplia, en los últimos años se ha ido sustituyendo por el concepto de «virreinal», aparentemente más objetivo, por referirse al sistema de organización administrativa de los territorios americanos en los términos contemporáneos. No obstante, a pesar de estas posibles objeciones, el adjetivo «colonial» sigue usándose indistintamente.

Dentro de la literatura virreinal, los textos cuentan con un carácter definido, dado que, aunque a simple vista parecen escritos bajo cierto rigor objetivo, pronto podemos encontrar multitud de elementos propios de la subjetividad. Esto se debe a las circunstancias que van a enmarcar su confección: por un lado, los encargados de documentar ese «descubrimiento» presentaban un distinto grado de alfabetización que, a la hora de elaborar los textos, daban como resultado obras de distinta condición literaria, desde la más sencilla a la más compleja; y, por otro, mientras en Europa existía una cierta estabilidad que permitía el acceso a otros textos y fuentes, en América los relatos de descubrimiento y conquista se iban confeccionando conforme sucedían los hechos, siguiendo la necesidad de conocer la realidad narrada *de visu*.

Así pues, no es de extrañar que los relatos de descubrimiento y conquista hayan suscitado un gran interés tanto en historiadores como en filólogos, puesto que su gran variedad y sus concretas características los han convertido en unos textos muy singulares. A su vez, esa extraña miscelánea de géneros, temas y estilos también ha dado pie a un eterno debate que todavía sigue sin estar resuelto: ¿nos encontramos ante unos documentos históricos o literarios?; ¿en su contenido predomina la fantasía o la realidad? Muchos autores han intentado hallar la respuesta, pero, sin embargo, tanto historiadores como filólogos presentan argumentos de validez que sostienen ambas teorías y que no

tienen por qué ser excluyentes. Sin lugar a dudas, esta compleja catalogación ha podido dificultar el estudio de los textos al intentar establecer conclusiones desde puntos de vista distintos. Por tanto, este trabajo ofrece un análisis literario sin entrar a valorar el rigor histórico y evitando responder este tipo de preguntas, que exceden el alcance de un ejercicio como este.

En este estudio, voy a centrarme en el diario de viaje de fray Tomás de la Torre, que relata las hazañas de un grupo de frailes dominicos que dejan atrás España y acuden a la llamada de fray Bartolomé de las Casas hacia el Nuevo Mundo. No obstante, la elección del texto no ha sido arbitraria. Ya existen múltiples estudios filológicos de obras de la época virreinal como los de Enrique Pupo-Walker sobre los *Naufragios* de Alvar Núñez Cabeza de Vaca o los de Mercedes Serna de los *Comentarios reales* del Inca Garcilaso de la Vega. Sin embargo, fray Tomás de la Torre aparece como un cronista marginal cuya biografía apenas se conoce. Del mismo modo, su diario de viaje *De Salamanca, España, a Ciudad Real, Chiapas* tampoco cuenta con ningún estudio de peso. No obstante, es preciso mencionar el artículo de la doctora Ana Díaz Serrano publicado en 2022. Es un trabajo muy interesante que recoge con extrema precisión el itinerario y el contexto histórico en el que se escribe la obra. Sin embargo, de nuevo nos encontramos con la polémica entre historia y filología a la hora de enfrentarnos a los textos de literatura virreinal, puesto que el artículo presenta una visión principalmente historiográfica.

Por tanto, este nuevo estudio que planteo pretende resaltar la relevancia de este texto para la filología al analizar distintos aspectos como el papel del narrador y del receptor, la estructuración y el orden de la información o los motivos que subyacen la elaboración del diario de viaje teniendo en cuenta su contenido.

2. Distintos tipos de textos historiográficos del periodo virreinal

Antes de comenzar con el análisis del diario de fray Tomás de la Torre, es preciso proponer una distinción entre los principales modelos de textos historiográficos escritos durante el proceso de expansión europea. Entre otras, destaca la clasificación general en tres tipos que establece Walter D. Mignolo en uno de sus estudios. En primer lugar, las cartas relatorias solían tener un emisor y un receptor claro, normalmente conquistadores y representantes tanto de las Indias como de España. Este tipo de texto fue muy utilizado por autores como Cristóbal Colón o Hernán Cortés durante sus expediciones dentro del Nuevo Mundo. Su función principal era documental:

Estas cartas, que tienden más hacia lo documental que hacia lo textual, son portadoras de mensajes, pero estos mensajes no son relatos de los descubrimientos o de las conquistas [...] sino “comunicaciones” (informes, solicitudes) que reemplazan la inevitable falta de copresencia entre el destinador y el destinatario (Mignolo 59).

Por otro lado, las relaciones tendrán la misión principal de informar. Por tanto, no van a ser redactadas esperando una respuesta por parte de un destinatario. Dentro de este grupo se recogen descripciones geográficas o de carácter demográfico. No obstante, algunas relaciones sí que van a presentar una estructura epistolar, normalmente aquellas que eran escritas por personas de alto rango. Otras cuentan con una estructura de declaración jurada como la *Relación de la ciudad de Guamanga y sus términos*, de 1586, citada por Mignolo (73). También encontramos ejemplos de relaciones que siguen el modelo de cuestionario. Por tanto, como indica Mignolo: «en tanto que la carta por un lado y la historia por otro, tenían una tradición [...] las relaciones, por el contrario, se presentan como ajustadas a un modelo creado sobre la marcha» (73).

Por último, las crónicas aparecen como un género estrechamente ligado al concepto moderno de historia. En el siglo XVI, la crónica era «el vocablo para denominar el informe del pasado o la anotación de los acontecimientos del presente, fuertemente estructurados por la secuencia temporal» (Mignolo 75). No obstante, la concepción del género histórico durante la época virreinal dista mucho de la contemporánea y considerar las crónicas del siglo XVI como un documento de información fiable en un estudio histórico actual sería un error. Principalmente, esto se debe a la multiplicidad de intertextualidades que presenta este género al incluir referencias bíblicas o mitológicas o al verse influidos por otros géneros literarios como la épica o la ficción. Este tipo de texto será uno de los más productivos en la época. Algunos ejemplos son *La crónica del Perú*, escrita por Pedro Cieza de León en 1554, o la *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España* de Bernal Díaz del Castillo de 1575.

En lo que respecta al texto en el que se basa este estudio, nos encontramos dentro de una especie de género híbrido. Según Walter D. Mignolo, el diario puede incluirse dentro de la clasificación epistolar porque es ambas cosas a la vez: «Por una parte, la apelación directa a su destinatario identifica el “escrito” como carta; por la otra, la expresión “de día en día” lo identifica como diario» (60). Además, podemos incluirlo dentro de una categoría aún más reducida conocida como «diario de viaje». Si atendemos al estudio de Valeria Añón, un diario de viaje presenta, además de la descripción, la construcción de

un itinerario, la organización de una cronología que estructura el relato del desplazamiento y la presencia constante de la digresión, muchas veces para dar cuenta de la *mirabilia*, además de la identificación de un narrador-viajero (Añón 16).

3. Caracterización formal del relato

3.1. Estructura del relato

Como se ha podido comprobar hasta ahora, la clasificación de las obras historiográficas virreinales presenta ciertas dificultades. Además, hay que tener en cuenta que en el caso de la obra que aquí se estudiará no se cuenta con un texto íntegro con unos límites claros. Por tanto, este alto grado de dificultad para la delimitación de la obra y su escaso reconocimiento dentro de los estudios de literatura virreinal la convierten en una obra poco estudiada. Durante el siglo xx destaca el trabajo realizado por Frans Blom en 1945 (en Torre 1973)¹. Sin embargo, en este caso particular, el análisis que ofreceré en mi propio trabajo del manuscrito de fray Tomás de la Torre se basa en la edición de Pedro Tomé y Andrés Fábregas (Torre 2011). Esto, en parte, se debe a motivos cronológicos, puesto que presenta un actualizado estudio crítico de la obra muy certero. Como indican los editores, estas casi trescientas páginas son el resultado de varios siglos de búsqueda, recopilación y reedición del manuscrito original de fray Tomás de la Torre, lo que dificulta descifrar cuál era su contenido primitivo y cómo estaba organizado. En principio, esto es debido a la coexistencia de varias copias del manuscrito en otras obras del siglo XVIII que serán comentadas más adelante.

En un primer momento, el manuscrito recogía la escritura de las vivencias de un testigo que acompañó a fray Bartolomé de las Casas durante dos años y diez meses, desde su salida del convento de San Esteban el 12 de enero de 1544, hasta el 13 de noviembre de 1546, momento en el que los dominicos se aposentaron en Ciudad Real de Chiapa. Su autoría queda ligada a la figura de fray Tomás de la Torre. Si atendemos al año de su muerte, 1567, podemos considerar que esa sería, obviamente, el *terminus ad quem* para la redacción. Es evidente que el texto no fue escrito *in situ*, sino que muchas veces el propio autor rememora sucesos ya acontecidos en el pasado para describirlos. Esto demuestra, pues, que es un diario que no está directamente ligado a los sucesos narrados

¹ La primera edición de la obra de Frans Blom es en 1945, de muy difícil acceso. En este caso, se ha recurrido a la traducción al inglés que hizo el autor y que aparece recogida en la publicación de 1973 consignada en la bibliografía.

como se verá más adelante. Sin embargo, pese a conocer la existencia de este manuscrito, conservado durante varios siglos en el convento de Santo Domingo de Guatemala, Jan de Vos indica que se perdió (Tomé y Fábregas 22), por lo que es imposible poder acceder a la fuente primaria de la obra.

Sin embargo, según indican Tomé y Fábregas en su prólogo, el testimonio de De la Torre fue fuente de información primaria para los historiadores de los siguientes siglos. Así pues, encontramos referencias al diario de viaje en la *Historia de la venida de los religiosos a la provincia de Chiapa* de 1619, escrita por fray Antonio de Remesal y, posteriormente, en la *Crónica de la Provincia del Santísimo nombre de Jesús de Guatemala de la orden de n. seráfico padre san Francisco en el reino de Nueva España* del padre Francisco Vázquez, publicada en 1714 (Tomé y Fábregas 26-27).

Finalmente, fue fray Francisco Ximénez el que incluyó la obra de fray Tomás de la Torre de forma íntegra en su *Historia de la provincia de San Vicente de Chiapa y Guatemala de la Orden de Predicadores* en 1714, aunque no fue publicada hasta 1857. Teniendo en cuenta el carácter historiográfico de la obra de Ximénez, esto demuestra que el manuscrito de fray Tomás de la Torre todavía era considerado como una fuente de información histórica en el siglo XVIII. Es curioso ver cómo este autor integra el relato de fray Tomás de la Torre, puesto que las vivencias de este fraile dominico quedan reducidas a tan solo 41 capítulos de los 81 que cuenta el segundo libro del primer volumen de la obra de Ximénez. Además, el primer libro coincide con la traducción del *Popol Vuh*, obra escrita por un indígena en alfabeto latino y considerada como el libro sagrado de los mayas, demostrando así que para Ximénez no importaba la forma, sino el contenido, en este caso, relacionado con la historia de Chiapas y Guatemala. La consideración del relato de De la Torre como fuente de información histórica seguirá vigente incluso a comienzos del siglo XX con la reedición del texto de Francisco Ximénez a cargo de Juan Antonio Villacorta, historiador y antropólogo, que resumirá la obra del viaje del dominico de la siguiente forma:

La tercera parte abarca los capítulos XX a XLII y se trata en ellos de la fundación de Guatemala en el espléndido valle de Panchoy, en 1542, del gobierno interino de Alonso de Maldonado, instalación del convento de dominicos y sucesos posteriores hasta 1544, el largo y azaroso viaje de los primeros frailes de su Orden, salidos de España con destino a las misiones de Guatemala, sus trabajos y fatigas a través del océano y de la Nueva España hasta su llegada a la naciente ciudad, en 1545 (Ximénez, 1931, Vol.3, 426-428).

Por tanto, el interés filológico de la obra no se despertará hasta mediados del siglo XX gracias a los estudios de Frans Blom en 1945, que propone una primera edición del relato de De la Torre dividida en 21 capítulos que narran desde su partida de España hasta su primera llegada a la Ciudad Real de Chiapas. Más adelante, en 1985, la editorial OPE publica una versión crítica del texto en la que reagrupa el testimonio de De la Torre en 18 capítulos y cuya intención es presentar una edición más fiel a la transcripción de Ximénez, dado que, según Cándido Aniz, la edición de Frans Blom «supone cierto esfuerzo de clarificación en párrafos y agrega algunas notas sobre lugares, valor de monedas y medidas en uso, pero no es edición íntegra» (Aniz 16-17). Finalmente, el contenido del diario de viaje volverá a ser revisado por Pedro Tomé y Andrés Fábregas en una última edición publicada en 2011. Aunque la edición de Blom y la de la editorial OPE sólo recogen el relato hasta la llegada de los dominicos a la Ciudad Real de Chiapas, el texto cuenta con las evidencias suficientes como para determinar que fray Tomás de la Torre pudo ser también el artífice de los últimos capítulos que narran desde la partida de Ciudad Real, tras ser expulsados, hasta su regreso para fundar el convento un año y medio más tarde. Esta teoría será la que defiendan Tomé y Fábregas, llegando a considerar a fray Tomás de la Torre como el escritor de 41 capítulos de la obra de Ximénez, casi el doble de los que propone Blom.

Teniendo en cuenta la larga trayectoria del diario de viaje, lo propios editores ya asumen la existencia de ciertas modificaciones de la obra original: «El precio que se paga es la dificultad de discernir cuándo es fray Tomás de la Torre quien escribe y cuándo se trata, a veces es notorio, de interpolaciones de Ximénez» (Tomé y Fábregas 30). Por tanto, el análisis que propongo de la obra tiene como punto de partida la división que establecen Tomé y Fábregas, por ser mucho más coherente al narrar el viaje de principio a fin y por contar con las evidencias necesarias para otorgar la autoría del texto a fray Tomás de la Torre.

En primer lugar, podemos considerar que la obra de fray Tomás de la Torre es un relato de viaje puesto que responde a las características típicas de este género ya comentadas. No obstante, el texto plantea dos posibles divisiones atendiendo a la construcción del itinerario de la expedición. Por un lado, si observamos la disposición en capítulos ya marcada en la primera transcripción de Ximénez en su *Historia*, nos damos cuenta de que la información se distribuye siguiendo una lógica espacial, división que también mantienen en su edición Tomé y Fábregas. Así pues, contamos con títulos de capítulo con referencias espaciales como «De lo que hicieron los religiosos en la isla de

Términos y de su venida a Tabasco» (Torre 103)² o «Prosiguen su viaje hasta llegar a Ciudad Real» (125). Sin embargo, desde mi punto de vista, esta división no corresponde con el planteamiento original del manuscrito, sino que más bien parece una intervención posterior del padre Ximénez en el siglo XVIII. El propio Ximénez comenta como ha decidido reunificar capítulos en un intento de favorecer la comprensión del texto: «el método que seguiremos será el proceder por capítulos como hasta aquí, embebiendo en un capítulo dos o tres conforme ofreciere su dilación» (Ximénez Vol. 1, Libro 2, 249). Esta división que obedece a criterios geográficos permite seguir el itinerario de viaje de forma clara y resulta más acertada si nos aproximamos al texto como una narración de sucesos históricos. Al presentar una estructuración geográfica de los hechos, es mucho más sencillo poder localizarlos dentro de un mundo todavía desconocido para gran parte de la población europea.

Sin embargo, por otro lado, considero que fray Tomás de la Torre buscó ajustarse a las características de un diario de viaje presentando una división temporal de los hechos y no geográfica. Es evidente que el manuscrito fue pensado como un texto uniforme con explícita preocupación organizativa, puesto que así se indica de forma constante: «dos cosas diré para rematar este capítulo» (82), «una sola cosa contaré para rematar este capítulo» (245). Además, también se observa que existe un periodo de reflexión entre el suceso y su redacción, puesto que adelanta y atrasa acontecimientos en función de sus necesidades narrativas: «como adelante se dirá» (145), «esto hemos dicho anteponiendo las cosas, ahora volveremos al orden de nuestra historia» (233). De nuevo, se priorizan los criterios temporales frente a los geográficos.

Si bien es cierto que es imposible reconstruir la división original del texto, sí que existen ciertas referencias que De la Torre emplea para estructurar su discurso. Por un lado, de acuerdo con el calendario gregoriano: «Justo es comenzar capítulo en comienzo de mes y de año. El jueves pues primer día del año de 1545» (85). No obstante, aunque esta cita evidencia el comienzo de un capítulo siguiendo criterios temporales, se encuentra en mitad del capítulo x, siguiendo la distribución propuesta por Ximénez. Por otro, De la Torre también se sirve del tiempo transcurrido desde su partida, división que el padre Ximénez sí que mantiene. Por ejemplo, el capítulo v sí que comienza con una división temporal: «Plugo ya a Nuestro Señor que miércoles por la mañana, a nueve de julio de 1544, a cabo de medio año que salimos de Salamanca» (61). Posiblemente, De la Torre

² En lo sucesivo, todas las citas del texto de De la Torre proceden de la edición de Tomé y Fábregas, consignada en la bibliografía. Se dará sólo el número de página en esta edición.

también tuvo en cuenta el calendario litúrgico a la hora de estructurar el texto. Aunque no encontramos evidencia clara de comienzo de capítulo motivado por una festividad religiosa, sí que existen referencias constantes a festividades religiosas dentro de la narración: «El día siguiente era la fiesta del Santísimo Sacramento» (57), «Era la fiesta y translación de Santo Tomás» (99).

De esta forma comprobamos que la construcción del itinerario tiene un fuerte componente cronológico. Sin embargo, aunque desde mi punto de vista la estructura formal del relato, es decir, la división en capítulos, se consolidara de acuerdo con criterios cronológicos, la organización semántica del texto sí que puede conjugar los dos posibles criterios. Es evidente que tanto si atendemos a pautas geográficas como temporales, la narración muestra una progresión lineal que comienza en España y acaba en América. Tomé y Fábregas la dividen en cuatro etapas: viaje por España, viaje por el mar, recorrido por América hasta su expulsión de Ciudad Real por los españoles y, por último, su regreso y fundación del convento en esa ciudad. Además de ser una progresión lineal, también va a ser un proceso de ascensión física y espiritual. Física, puesto que, una vez en América, los dominicos van a subir desde el nivel del mar hasta pueblos de más de 1600 metros de altitud como Pueblo Nuevo de Solistahuacán; y, espiritual, puesto que van a cumplir el deseo de Dios, que es la evangelización del Nuevo Mundo. No obstante, si atendemos a la estructura de otros relatos afines, como los *Naufragios*, descubrimos que existe una tendencia a la circularidad en los primeros textos virreinales. El propio Enrique Pupo-Walker señala que:

Siguiendo normas características de la narración autobiográfica del Medioevo —sobre todo en la tercera parte de los *Naufragios*—, la proyección individualizada del discurso se supedita al esquema providencial que las relaciones indianas heredaron de la historiografía medieval. Esa subordinación del relato a categorías canonizadas del discurso es eficaz por cuanto en ella se borra parcialmente la circularidad conflictiva que es inherente al discurso autobiográfico (187).

Si seguimos la teoría de Pupo-Walker, comprobamos que la estructura circular también se cumple en el diario de De la Torre si y solo si consideramos la división del relato en 41 capítulos propuesta por Tomé y Fábregas. Así pues, observamos que el viaje comienza con la partida de los frailes del convento de San Esteban en Salamanca y termina con la entrada en el nuevo convento de Chiapas. Por tanto, parte de la casa de Dios (en Salamanca) y se vuelve a ella (en Chiapas) en un viaje circular, aunque sea en lugares físicos distintos, pero idénticos en su condición sagrada:

Parecíales que se estaban en Castilla y que tenían juntamente a Castilla y a las Indias y que de todo gozaban a veces los religiosos. Y estaban alegres por ver que Dios había traído a efecto aquel modo de vivir que de Castilla traían pensado, y de todos los padres mayores de ella muy encomendado (Torre 259).

Finalmente, De la Torre también establece un juego antagónico con posible proyección hermenéutica. No hay que olvidar que fue el elegido para escribir el viaje de los dominicos, por lo tanto, es de suponer que era una figura sabia y bien formada en las letras. Si tomamos como posible base para su tarea el modelo de los textos religiosos, descubrimos que, como en estos, existe una dualidad constante entre el bien y el mal. Así pues, dentro del bien quedaría recogida la idea de la verdad, el cristianismo, la paz, la orden de los dominicos, los indios o la figura de Dios. Por el contrario, el mal quedaría asociado a los conquistadores españoles, a la España corrupta que queda atrás, a la guerra y a la mentira. Por tanto, no es de extrañar la presencia de oraciones caracterizadas por la oposición entre españoles y dominicos: «Ellos demonios y los frailes unos ángeles» (110).

Esta visión hermenéutica también podría explicar las descripciones de España como un lodazal azotado por lluvias constantes, con ecos que recuerdan al Diluvio universal: «y nadie se espante por lo que tantas veces repito de las aguas y arroyos, porque fueron tantas que no se acuerdan en España haber visto de tantas aguas» (45). Según Ana Díaz Serrano, este episodio sería simplemente una comparación de España, lugar mayoritariamente seco, con Centroamérica, característico por las lluvias de su clima tropical. Este ejemplo resulta significativo porque observamos como la propia narración juega con lo objetivo y lo simbólico. De la misma forma, fray Tomás de la Torre también reduce la lista de alimentos ingeridos en España a dos: el pan y el vino, con posibles connotaciones eucarísticas en los momentos previos al inicio de su viaje evangelizador: «seis panes y un cántaro de vino» (44), «nos envió pan y vino» (47), «28 arrobas de vino» (57). A su vez, las figuras que aparecen en la obra como el barquero honesto o los acogedores religiosos, demuestran que De la Torre intenta componer personajes asociados a determinados comportamientos del ser humano al igual que ocurre en las parábolas narradas en la biblia.

Así pues, es posible considerar la obra de fray Tomás de la Torre como el resultado de varias reediciones e interpretaciones. Debido a la pérdida del manuscrito original, es difícil determinar dónde acaba su voz y empieza la del padre Ximénez. Sin embargo, es evidente que se puede encontrar una estructuración clara de la obra de base cronológica y con influencias de la circularidad propia de los textos autobiográficos de conquista.

3.2. Narrador y destinatario

Fray Tomás de la Torre es una figura que ha pasado bastante inadvertida tanto para historiadores como para filólogos. Como se ha visto hasta ahora, su obra ha sido modificada a lo largo de la historia, y su imagen se ha visto relegada a un segundo plano. Frans Blom fue el primero en considerar al fraile dominico como un escritor importante dentro de los relatos de conquista de América y concedió atención particular a su diario. Se desconoce la fecha de nacimiento del autor y apenas hay testimonios sobre su vida salvo los presentes en su diario de viaje. Entre sus líneas, se puede detectar la figura de una persona letrada, que se declara humilde y fiel a la palabra de Dios.

Sin embargo, el relato cuenta con un estilo propio que lo aleja de la narración de los hechos al utilizar de forma sistemática la primera persona del plural. En lo que respecta al uso de tiempos verbales, sí que se evidencia una predilección por las formas en pasado para narrar las experiencias vividas, como suele ocurrir en los textos virreinales y, en general, en todo texto de carácter retrospectivo. Esto que puede resultar una obviedad, pronto cobra cierta relevancia dentro del análisis de la obra dado que nos permite diferenciar entre el plano de la enunciación y el del enunciado. De la misma forma, el presente, a través de descripciones de ciertos personajes, da a entender que seguían con vida a la hora de la redacción de esos fragmentos: «el padre vicario tiene una gracia especial» (136) lo que podría indicar una redacción simultánea de los hechos o, por lo menos, no muy lejana en el tiempo. También hay ejemplos de presente cuando se dirige al lector u opina sobre la información que incluye en la obra: «la quiero contar» (177). A su vez, dentro del plano de la enunciación existen determinados momentos en los que se emplea el futuro para estructurar la información dentro del diario: «como adelante se dirá» (145). Por tanto, observamos una gran variedad de tiempos y de formas que permiten diferenciar la narración de los sucesos pasados del acto de composición de la obra.

Esta distinción que se puede hacer entre plano de la enunciación y del enunciado es determinante a la hora de caracterizar al emisor del relato. Como ya se ha mencionado anteriormente, nos encontramos ante un texto que ha sufrido constantes modificaciones a lo largo de los siglos y cuya fuente original ha desaparecido. Ya en 1620, fray Antonio de Remesal acude al manuscrito de De la Torre en busca de información para la redacción de su *Historia general de las Indias Occidentales*. A diferencia del padre Ximénez, que comentaremos más adelante, Remesal utiliza constantemente la tercera persona y conjuga

los verbos en pasado, como si fuera una narración prototípica con unos personajes entre los que él no se incluye. Además, presenta un escrito fragmentado en el que no hay una reproducción evidente del viaje de De la Torre. En este caso, Remesal selecciona los pasajes del manuscrito original según las necesidades de su narración, sin incluirse a sí mismo:

Auia en Chiapa vn Indio medico, que dixo al P.F Tomas de la Torre en viéndole, que no temiesse perder la vista, q dentro de tres días le daría sano. No le creya, porque según era de mucho el mal, si dixera q con mucha costa y extraordinarias diligencias, y medicinas en tres meses sanaria, lo tuuieran como nueua del cielo. Pusose el Padre F. Tomás en sus manos co alguna fe, por la buena fama del hóbre (Remesal 438)³.

Esta transcripción de Remesal no va a ser bien recibida por Ximénez, que justifica una nueva reedición del testimonio de De la Torre acusando de insuficiente el trabajo de Remesal:

En todo este viaje iremos trasladando lo que nos dejó escrito el historiador que se señaló por aquellos primeros Padres que escribiese todas las cosas, que como testigo de vista, se le debe todo crédito y el estilo llano y sincero con que lo escribe, acredita mucho su verdad porque aunque el Padre Fray Antonio Remezal por no ser tan prolijo, omitió mucho de lo que en esta historia manuscrita se contiene, no me pareció conveniente omitir cosa de ella por la grande edificación que será a los lectores, y mucho más a los Religiosos de aquesta Santa Provincia (Ximénez, Vol.1, Libro 2, 249).

Además, teniendo en cuenta que el manuscrito de De la Torre era un diario de viaje circunscrito a una orden religiosa concreta, es posible entender que el itinerario de los misioneros dejara de ser un conjunto de experiencias personales para trascender y convertirse en vivencias de toda una congregación religiosa. A diferencia de Remesal, Ximénez, fraile dominico al igual que De la Torre y sus acompañantes, sí que se considera con el derecho legítimo para introducirse dentro de la narración a la hora de transcribir su manuscrito:

La historia manuscrita, que se conserva en nuestro Archivo [*sic*], como uno de los instrumentos más auténticos que comprueban nuestra nobleza y Hidalguía [*sic*] a lo de Dios, siendo esta la mayor ejecutoria en que se conservan nuestras mayores hazañas, llamo nuestras como herederos que somos de nuestros legítimos padres ganadas y conseguidas en el contradictorio juicio de los hombres (Ximénez 249).

Esta legitimidad con la que se presenta Ximénez supone la necesidad de incluirlo, al menos, dentro del plano de la enunciación. Así pues, cuando De la Torre utiliza la primera persona del plural de forma recurrente, para Ximénez el sujeto no se reduce a los

³ La transcripción reproduce la ortografía del texto original de 1620.

dominicos en América, sino que podría referirse al conjunto de toda una orden religiosa: «respondimos que no» (49). Sin embargo, aquellos verbos relacionados con experiencias fisiológicas propias del momento de la narración sí que podrían hacernos pensar que limitan el sujeto a los dominicos de América: «según vimos y oímos a los españoles que allí moraban» (89). Por otro lado, al encontrar una multiplicidad de referencias en tercera persona a la figura de De la Torre, es posible considerar que son, efectivamente, el resultado de la interpolación de Ximénez dentro del marco de la enunciación: «fray Tomás de la Torre, que entonces era lector de filosofía» (33), «predicó fray Tomás de la Torre» (38) o «fray Tomás y los demás sabían poco de aquel menester» (117). También hay ejemplos de uso de la tercera persona del plural con valor genérico: «aunque todos habían pasado muchos trabajos y grandes soles y se les abrían los pies de las ampollas que traían» (51). Algunas incorrecciones sintácticas o de estilo también puede ser testimonio de las incidencias que afectan a la transmisión del texto: «así los que estaban en San Pablo, como los que estaban en los otros conventos fray Diego de la Magdalena, allende de predicar, leía teología» (55). No obstante, estas apariciones del transcriptor no son del todo extrañas, puesto que este procedimiento también se evidencia en otros textos similares como el diario de Colón transcrito por Las Casas. En algunos momentos, la distinción entre Ximénez y De la Torre es muy evidente, como una interpolación de Ximénez en el capítulo XVIII:

Hecha aquesta breve relación de la conquista de aquestas provincias de las Chiapas, quiero proseguir para su más claro conocimiento de lo que fray Tomás de la Torre en su historia manuscrita prosigue tocante aquesta ciudad, para que de allí prosigamos el hilo de aquella historia y de la nuestra. Prosigue pues el capítulo y dice: (Torre 153).

En este caso, es posible apreciar como el propio Ximénez es consciente de que está modificando el manuscrito original y deja constancia de ello dentro de la narración. Además, acto seguido vuelve a indicar la continuación de la transcripción del manuscrito original. En la transcripción de Ximénez que recoge el mismo contenido que el pasaje que he citado anteriormente de Remesal, también podemos observar cómo se establece esa diferenciación clara entre enunciado y enunciación, permitiéndonos encontrar la figura de Ximénez detrás de la voz del narrador. No obstante, estos ejemplos que nos permiten encontrar la voz de Ximénez presentan una condición excepcional, porque incluso en estos momentos, Ximénez habla en presente y se incluye dentro de la narración de unos hechos que ocurrieron casi 200 años antes que su transcripción:

Hay en Chiapa un indio médico de quien no puedo dejar de decir bien, porque sin duda le he visto hacer cosas maravillosas. Este dijo á Fray Tomás, en viéndolo, que no temiese de perder los ojos, que dentro tres días estaría bueno (Ximénez, Vol.1, Libro 2, 422).

Esta confusión dentro del plano de la enunciación no es exclusiva de la obra que estudiamos aquí, sino que también está presente en otros textos de conquista como en los *Naufragios*. Por un lado, al tratarse de un caso tan particular, Tomé y Fábregas van a caracterizar la obra como autobiografía coral. En principio, el uso de la primera persona del plural da licencia a De la Torre a incluir en su relato vivencias que él no ha podido experimentar de primera mano, como ocurre con el naufragio en la isla de Términos en el que fallecen algunos de los misioneros que llegaron a América. Por otro lado, Ana Díaz Serrano considera que es una biografía corográfica: «Se trata de la invocación de una voz colectiva que emana de la experiencia común del lugar» (Díaz Serrano 2022). Sin embargo, creo que esta idea viene asociada al pensamiento historicista de intentar buscar evidencias precisas en el pasado sin permitir ciertas licencias filológicas que se alejan del rigor histórico. Desde mi punto de vista, y teniendo en cuenta las motivaciones que subyacen a la elaboración del texto, creo que el uso del plural de primera persona no solo se debe a un intento de recopilación de múltiples vivencias, sino a la creación de una colectividad superior que aúna a todos los religiosos como siervos de Dios dentro de una misma jerarquía social. Así pues, es todo el grupo el encargado de cumplir una misión y todos ellos son los encargados de construir la historia. Será dentro de este plural donde se introduzca el propio Ximénez, como indicaba anteriormente, por legítimo derecho. El único personaje que destaca por encima de los demás es Bartolomé de las Casas, cabeza de la misión y principal guía espiritual: «El señor obispo es el principal miembro y cabeza de nuestra compañía, justo es que aquí le demos un capítulo a él solo» (Torre 161).

Aunque fray Tomás de la Torre narra los hechos de forma colectiva, encontramos ejemplos del uso de la primera persona del singular a la hora de la composición de la obra. Por tanto, su figura sí que cobra especial relevancia, si no como protagonista de las vivencias narradas, sí como autor del relato en el que quedan recogidas. Esto se producirá de forma progresiva puesto que al principio casi no hay muestras de la primera persona del singular. Sin embargo, conforme avanza la narración, es evidente que cada vez De la Torre se encuentra más cómodo y comienza a mostrarse más y más como el creador de la obra. Así pues, fray Tomás de la Torre aparece constantemente como partidario de aportar veracidad: «digo lo que vimos y sabemos y no cuento cosas oídas» (192) o «esto

es ciertísimo, que no habrá nadie que lo niegue» (218). La objetividad no solo se refleja en los datos que sabe, sino que también indica aquellos datos que desconoce: «que no me acuerdo letra por letra de todo» (107), «y el otro no pongo el nombre» (203). A su vez, De la Torre es consciente de la tarea que se le ha encomendado y justifica constantemente la elección de las historias que narra: «aunque sea menudencia quiero contar una cosa por ser graciosa» (45), «si todas las cosas de este hombre hubiese de escribir, más espacio, más papel era menester» (167). Del mismo modo expresa su opinión de forma directa: «vergüenza me da hablar más en esto» (195). Al ser el creador de su propia historia y en busca de esa aparente objetividad formal, también opta por introducir pasajes en estilo dialogado directo, como la conversación entre Ximenes y Zamora: «Dijo Ximenes [*sic*] a Zamora: mal cobro pusiste en aquella bestia, los indios os la han de tomar y comérsela; dijo Zamora: Coman por Dios, que más que eso les debemos los cristianos» (106), e indirecto: «Preguntó Gil Hernández si íbamos a echar bulas a las Indias» (42). A su vez, también extrae información de cartas y otros textos: «la carta escrita a Chiapa por los de Guatemala» (182) y recurre a lengua de los indios para obtener información de primera mano: «vino Ximenes [*sic*] que les entendía, y por él les preguntamos qué era la causa de lo que habían hecho» (106).

De la misma forma, fray Tomás de la Torre equipara la influencia de las artes liberales—*trivium* y *quadrivium*—con la actividad religiosa: «leía teología y puso en concierto el estudio de aquella casa así de teología como de las artes» (55). También tiene en cuenta la utilidad práctica y moral de los escritos con pretensiones históricas, siendo aún más evidentes en este texto por su origen religioso. Por tanto, introduce pequeños relatos de los que se puede sacar una conclusión: «Fue cosa de ver y quien no se riere por no conocer a los que cayeron, aprenda de este caso como ha de saltar arroyos» (45) o indica advertencias: «por esto he querido decir aquí esto, para advertir a otros religiosos» (56). De la misma manera, él se ve como un personaje dentro de un libro, estableciendo una equiparación entre realidad y literatura: «Aquí vimos por nuestros propios ojos lo que habíamos leído en los libros de naufragios» (103). Esta referencia puede dar pie a pensar que De la Torre era conocedor de los libros de naufragios, género establecido desde la Antigüedad que influirá en su producción escrita pues es preciso recordar que De la Torre narra un episodio en el que uno de los barcos de su grupo naufraga.⁴

⁴ Esto podría plantear ciertas similitudes con los *Naufragios* como la circularidad o la inserción del motivo del naufragio. Sin embargo, no podemos confirmar que De la Torre conociera el relato de Cabeza de Vaca

Además del naufragio, otro motivo que destaca el autor es el del destierro, hecho frecuente en multitud de héroes de la literatura: «con propósito de no volver a nuestras tierras, como suelen volver a sus tierras los que muchos años han andado desterrados» (62). A lo largo de su diario de viaje, la relevancia de la literatura va a ser una constante, desde la preocupación por recuperar los libros perdidos en el naufragio: «lo más eran los libros que acá valen mucho» (100), hasta la descripción de sucesos pasados por el filtro de la imaginación o el mito. Encontramos referencias a los gigantes: «la gente es muy crecida a la maravilla, así los hombres, como mujeres, que parecen gigantes» (176) y a la figura del salvaje: «que ellos eran bestias en figuras de hombres y muchas veces desmayábamos de ver tan gran bajeza y bestialidad» (192). Tampoco hay que olvidar que la idea del viaje hacia lo desconocido también es un gran tópico de la literatura.

Así pues, el diario de viaje presenta una narración en forma de autobiografía coral que progresivamente se irá viendo eclipsada por las constantes intervenciones del autor. Esta recurrencia de plurales en primera persona característicos de la autobiografía coral irá disminuyendo a favor del aumento del uso de una primera persona del singular. Por tanto, es posible pensar que el incremento de la frecuencia de uso de la primera persona del singular quizá podría estar relacionado con la intervención de Ximénez dentro del marco de la enunciación. Es preciso recordar que este fenómeno será más notable a partir del capítulo XVII, lugar en el que tanto Frans Blom como la editorial OPE sitúan el límite de la narración de De la Torre. Por tanto, la presencia de un protagonismo individual dentro de la autobiografía coral permite que el lector pueda deducir los gustos del narrador singular, sus influencias e incluso sus opiniones personales: «y porque fue muy gracioso, pondré aquí algo» (106), «y otros disparates que sería largo de contar» (166). Por otro lado, fray Tomás de la Torre también es consciente de su papel como escritor en el Nuevo Mundo. Esto supone que siempre tenga presente la figura del receptor en el proceso de composición de su obra. Por ello, el papel del receptor también condicionará, en cierta medida, la narración de los acontecimientos. Así, se ajustará al tópico de la *abbreviatio*: «es cosa tan infinita, y así la quiero dejar para no moler al prudente lector» (237), «contentarse ha el lector con las pocas que referimos» (176). Sin embargo, aunque en principio atribuimos estas primeras personas a De la Torre, no es posible saber si, por el contrario, se trata de intervenciones de Ximénez. En estos casos, quizá el contexto sea determinante para poder atribuirlo a una voz en concreto. Mientras que «fue muy

por lo que queda relegado a una simple conjetura. Además, es preciso recordar que la primera edición de la relación de Cabeza de Vaca es de 1542, tan solo dos años antes de la partida de De la Torre a América.

gracioso» (106) parece una opinión de quién lo vivió, las intervenciones que hacen mención al proceso de redacción pueden hacer referencia a cualquiera de los dos autores.

Por otro lado, la alusión al lector que queda en España también está presente en el diario: «por satisfacer y contentar en alguna manera a los que en España esto leyeren, diré dos palabras de esta tierra en que primero entramos» (89). En palabras de Tomé y Fábregas, es un relato escrito por y para los españoles:

Fray Tomás de la Torre, sabe muy bien que no escribe ni para él, ni para aquellos que con él fueron, sino para quienes quedaron, para quienes no bajaron: para aquellos que debe explicar cómo es un lugar que solamente a través de la imaginación pueden llegar a ver (18).

Sin ninguna duda, el principal receptor al que se dirige es «a quien no sabe las cosas de las Indias» (52) y utilizará sintagmas que lo interpelan de forma recurrente y directa como: «esto he dicho para que conozcáis conquistadores» (115). Es curioso comprobar que, al igual que existe una tendencia al uso de la primera persona del plural en la narración de los hechos, también utiliza el plural para referirse a la segunda persona: «Aunque después sucedió lo que después oiréis» (52), «cual podéis imaginar» (136). Esto permite ofrecer una visión mucho más global y unificadora del relato: muchos son los que experimentan los hechos, pero también son muchos los que aguardan conocer la historia y todos están implicados en construirla, porque si nadie escuchara no habría necesidad de escribirla. Esta mentalidad será la que lo lleve a incluir de forma sistemática constantes referencias a un amplio abanico de posibles lectores. La existencia tanto de una segunda como de una tercera persona para referirse al lector puede indicar que De la Torre tenía en mente un destinatario concreto. Así pues, la familiaridad que otorga esa segunda persona podría indicar que sus receptores no eran otros que los miembros de su misma congregación. Por el contrario, cuando no hay tanta familiaridad y se dirige a un lector no conocido, las menciones van en tercera persona indicando de forma explícita a quién, como otras personas de fe «para advertir a otros religiosos» (56) o personas que nunca haya visto el mar: «porque los que no saben de la mar entiendan algo de lo que se padece» (64).

4. Motivaciones del relato del viaje

Teniendo en cuenta la forma en la que ha llegado el testimonio de De la Torre a nuestros días, podemos extraer una serie de conclusiones. En primer lugar, no debemos

olvidar que tanto fray Antonio de Remesal como fray Francisco Ximénez son religiosos de la orden de los dominicos, misma congregación a la que pertenecía fray Tomás de la Torre. Si observamos la cantidad de relaciones y textos de conquista que existían en la época, es evidente que eligieron el texto de De la Torre por corresponder más con sus objetivos y hablar de la labor de su propia orden. Además, el diario de viaje cuenta con una serie de motivaciones que no van a reducirse a la descripción imparcial del Nuevo Mundo. Por tanto, no es de extrañar que, si se analiza en profundidad el texto, esa objetividad formal aparente que caracteriza los diarios de viaje quede un tanto eclipsada por las verdaderas intenciones del autor. A través de su discurso, descubrimos cómo De la Torre selecciona y estructura la historia situando a la orden de los dominicos en una posición muy favorable. Bartolomé de las Casas, en su *Brevísima relación de la destrucción de las Indias* de 1552 dirigida al futuro Felipe II, ya indica cuál iba a ser la labor de los dominicos en el Nuevo Mundo. Así pues, Las Casas describe una situación insostenible a la que había que ponerle solución: «En estas ovejas mansas y de las calidades susodichas por su Hacedor y Criador así dotadas, entraron los españoles desde luego que las conocieron como lobos y tigres y leones crudelísimos de muchos días hambrientos» (Casas 11). Su figura representa a toda una congregación religiosa y su misión es clara:

Yo, fray Bartolomé de las Casas o Casaus, fraile de Santo Domingo, que por la misericordia de Dios ando en esta corte de España procurando echar el infierno de las Indias, y que aquellas infinitas muchedumbres de ánimas redemidas por la sangre de Jesucristo no perezcan sin remedio para siempre, sino que conozcan a su Criador y se salven (116).

Teniendo esto en cuenta, es evidente que De la Torre justifica las decisiones administrativas y políticas de la orden de los dominicos, ensalzar sus logros y defender su superioridad al contar con el apoyo divino.

4.1. Motivaciones administrativas o políticas

Como acabamos de ver, es indudable que el ambicioso proyecto americano de fray Bartolomé de las Casas es un factor determinante para la construcción del manuscrito de De la Torre. Como consecuencia, aunque la composición de De la Torre se presente como una obra de aparente objetividad, esconde un fuerte alegato propagandístico. Además, comprobamos que, en su testimonio, De la Torre también presenta una postura crítica que, aunque no tan radical como la de Las Casas, sí que se enmarca dentro del mismo

pensamiento político. El propio autor así lo refleja justo al comienzo del relato al narrar su partida del convento:

Primeramente el reverendísimo señor obispo fray Bartolomé de las Casas, obispo de Chiapa, con gran consolación y gloria, por ver que había enviado y llevaba consigo el remedio de las Indias en muchas leyes y provisiones del Rey que había alcanzado; y desbaratado el Consejo de las Indias y echado de él a los indignos, y alcanzado que entrasen los que lo merecían; y que llevaba poderes y provisiones para hacer libertar a todos los esclavos, y puesto en Audiencias reales; y otras muchas cosas de contar y declarar a quien no sabe las cosas de las Indias (61).

En este primer instante, ya se puede comprobar cómo fray Bartolomé de las Casas es presentado como una figura de autoridad cuyos intereses hay que defender. Para ello, posiciona a los dominicos como los elegidos para llevar a cabo la implantación de las Leyes Nuevas consideradas como «el remedio de las Indias» (61), aprobadas tan solo dos años antes de su partida. Entre otras consecuencias, esta nueva jurisdicción pretendía acabar con el abuso de poder europeo sobre Centroamérica, hecho que no iba a ser bien recibido por los colonizadores españoles, como indica David Orique:

Su objetivo declarado para esta diócesis era triple: fomentar los métodos de conversión pacífica en lugar de encuentros violentos con los habitantes indígenas, protegerlos de los abusos de los españoles mediante la aplicación de las Leyes Nuevas de 1542 y colonizar territorio con emigrantes agricultores españoles junto con un contingente de frailes y supervisores (92).

No cabe duda de que la idea de cambiar todo el sistema jurídico centroamericano en favor de los nativos era una tarea muy compleja. Por tanto, antes de defender un nuevo sistema de organización territorial, De la Torre denuncia la soberanía española en América. Critica los impuestos: «Y estos son muy perjudiciales en los pueblos y muy dañosos a los indios» (117) y la forma de gobernar las distintas regiones de la península del Yucatán:

En estos tiempos no había justicia ninguna en esta tierra, regían los alcaldes ordinarios, vecinos conquistadores como los demás, y la audiencia que en estas partes se había puesto por instancia del señor obispo, como no tuvo quién la guiase, de aquí nacían tantos males que no os los sé decir (166).

Teniendo esto en cuenta, era necesario formular un escrito de manera inminente que resguardara la implantación de estas leyes por parte de los dominicos. Así pues, la narración del viaje de los misioneros dominicos era la oportunidad perfecta para llevarlo a cabo. El propio fray Tomás de la Torre se muestra como la solución a todo el problema: «Todos quedamos perdidos y la tierra se ha de asolar si no se remedia» (205). De este

modo, el diario de viaje de De la Torre se convierte en un manifiesto de propaganda política con la intención de conseguir que más españoles se unieran a su causa y la apoyaran en los sucesivos años a su promulgación. Para ello, se vale de un constante juego comparativo entre el bien, representado por los dominicos, y el mal, representado por los poderosos españoles. Además, el léxico que utiliza en referencia a los españoles presenta una fuerte carga crítica:

Ya he apuntado arriba cómo el señor obispo había alcanzado que se hiciesen unas leyes para la buena gobernación de los indios, y había procurado y enviado y llevaba también consigo muchas provisiones en favor de los indios, contra los españoles que tiránicamente los roban, y sin misericordia los consumían (79).

De la misma forma, el dominico utiliza la *captatio benevolentiae* para ganarse el favor del lector, al colocarse en una situación de vulnerabilidad. Esto se observa a través de pequeñas intervenciones que hace en la narración: «será justo que contemos lo que padecemos, que no fue poco, aunque yo lo sume en pocas palabras» (79), «llevábamos voluntad de padecer mucho más» (79). Así, pasa de ser defensor a víctima y convierte la lucha liderada por Bartolomé de las Casas en una lucha personal. Por tanto, ya no es un personaje ajeno al conflicto, sino que lo experimenta directamente. Esta implicación directa permite que el lector sienta empatía por la causa dominica: ya no solo van a ser los nativos americanos los que van a padecer bajo el poder de los conquistadores, sino también los nuevos misioneros españoles. Si atendemos a motivos históricos, podemos observar cómo el primer intento de implantación de las Leyes Nuevas fue todo un fracaso. En su estudio, así lo describe Juan Pedro Viqueira:

Por otra parte, se proponía lograr que las Leyes Nuevas, de las cuales había sido uno de los principales promotores, se aplicaran con todo rigor en su jurisdicción. Sin embargo, los gravísimos enfrentamientos que fray Bartolomé tuvo con los españoles de Ciudad Real [...] le obligaron, pocos meses después, a salir de Chiapas y a renunciar a su investidura (151).

Conforme avanza el relato, la falta de aprovisionamiento de abastos, la marginalidad a la que estaban expuestos y el primer destierro al que se ven obligados implican la necesidad de ganar apoyos en un territorio desconocido para ellos. Por tanto, el tono derrotista del narrador cada vez será más evidente, llegando a tener miedo incluso a la muerte en plena noche: «cuanto por recelo que tenían de que les quemasen la casa algunos malos hombres que los aborrecían de muerte por la defensa de los indios» (212). Finalmente, el pesimismo de la narración se convierte en triunfo puesto que conseguirán

un trozo de tierra en el que empezar a construir el convento, lo que les permitirá continuar con el proceso de evangelización tan esperado por todos.

De esta forma, su éxito supondrá una victoria política y personal, tanto más valiosa si se tiene en cuenta todo lo que ha costado conseguirla. Esa victoria es prueba en sí misma de que todo lo padecido ha sido en defensa de la justicia y la verdad, y la implantación de las Leyes Nuevas se presentan como algo necesario para conseguir la paz: «Aquel día se concluyeron todas las enemistades del pueblo y se perdonaron los unos a los otros» (259).

4.2. Motivaciones religiosas

4.2.1. Evangelización utópica

Directamente relacionada con los motivos políticos, la defensa del proceso de evangelización va a ser otra de las principales motivaciones para la redacción del diario de viaje. Teniendo en cuenta la condición religiosa de los protagonistas, no es de extrañar que la conquista de América no solo fuera para ellos un proceso político, sino también un proyecto divino. Las pruebas que lo corroboran son mucho más visibles en el texto, puesto que van a calificar el método evangelizador de fray Bartolomé de las Casas como exitoso y única forma posible de acercar a los indios a Dios: «y cierto no hay otro modo de doctrinar a estas gentes y conservar la fe los doctrinados sino este, y la experiencia nos muestra cuán bueno es este modo» (259).

Desde principios del siglo XVI, las doctrinas de la Reforma estaban cobrando fuerza de la mano de Martín Lutero y la Iglesia católica se vio obligada a impulsar medidas para frenar su avance. Es evidente que fray Tomás de la Torre estaba al corriente de este panorama religioso europeo y lo tiene en cuenta a la hora de redactar su texto, puesto que hace referencia a ello en varias ocasiones utilizando comparaciones de carácter despectivo: «como todos los herejes y en particular los luteranos, aborrecen tanto a los religiosos, como él, por serlo» (215). Al no poder frenar el avance luterano en el Viejo Continente, la única opción de la Iglesia católica era expandir su dominio religioso en las tierras del Nuevo Mundo. Si atendemos a los estudios de Francesca Cantú, descubrimos cómo América se transforma en un metafórico campo de batalla en el que la fe católica podía vencer a las nuevas ideas protestantes. Así pues, la América virreinal representará todos los aspectos negativos de las sociedades europeas a los que sí van a poder derrotar, por lo menos, en un sentido figurado:

Esta representación [...] tomaba fuerza y significado de la contemporánea y radical crítica de la sociedad hispanoamericana, nacida y afianzada con la Conquista: sociedad del poder, del dinero, de la violencia, que el sistema de opresión y de explotación de las poblaciones indígenas no testimoniaba tan sólo —según sus críticos— el estado de decadencia cristiana y civil del Viejo Mundo, sino que instauraba y mantenía en la historia una anti-imagen de esa «buena gobernación, justicia y policía (Cantú 50).

Por tanto, este novedoso procedimiento de evangelización estará estrechamente ligado a las connotaciones utópicas del Nuevo Mundo puesto que los dominicos pretendían convertir en tierra de paz la tierra de guerra «sin que la sangre de los suyos se derramase por los cristianos» (217). Esto se debe a que, hasta la llegada de los dominicos, la expansión de la cristiandad no había sido más que mediante la violencia.⁵ Para ello, van a basarse en los métodos ideados por fray Bartolomé de las Casas, que van a ser recogidos dentro del manuscrito. De esta forma, el diario de viaje no sólo va ser un eslabón ideológico más dentro de la lucha contra la fe corrupta del Viejo Mundo, sino que se convierte en un manual de la correcta evangelización:

No diré más que tres cosas que son generales para la conversión de todos los infieles [...] la primera cosa que guardamos fue administrar los sacramentos como a hombres y no como a bestias [...] Lo segundo ha sido tratar a los indios con amor y caridad y blandura [...] La tercera que, por la bondad de Dios, hemos procurado siempre el serles ejemplo de lo que les enseñamos (193-194).

4.2.2. Exaltación y propaganda de la orden religiosa

Como se ha podido comprobar hasta ahora, al igual que defiende las ideas políticas de fray Bartolomé de las Casas, De la Torre también exalta de forma constante a la orden religiosa de los dominicos. Para ello, incluye dentro del relato una serie de argumentos que oscilan desde afirmaciones generales hasta características concretas de la orden.

En primer lugar, fray Tomás de la Torre se apoya en la idea general de que los frailes son siervos de Dios: «Decían que debían siempre rogar a Dios por los que fundasen órdenes y monasterios porque sin frailes decían que el mundo no valía nada y que ya fuera perdido» (54). En este caso, no va a ser él el que defienda a los frailes, sino que recurre al parlamento de una tercera persona. Además, resulta característico que sean unos marineros los encargados de decirlo, puesto que parece que en la época los marineros no eran un modelo a seguir dentro de la sociedad cristiana. Solo hay que poner de ejemplo

⁵ Aquí destaca la figura de Francisco de Vitoria, también dominico, ya que fue uno de los primeros defensores de los indios en América. Su *De indis* (1539) influyó en la promulgación de las Leyes Nuevas.

el trato que recibieron por un grupo de tripulantes cuando embarcaron hacia América: «y allí por cierto nos trataban como a negros [...] por ser todos frailes» (63). De esta forma, insinúa que incluso personas alejadas de la fe están a favor de la presencia y la acción de los religiosos.

Una vez caracterizada la figura del fraile como necesaria dentro del programa de expansión europeo, fray Tomás de la Torre va un paso más allá al empezar con la exaltación de la orden de los dominicos, considerándolos como los elegidos para llevar a cabo la misión de Dios:

Para que se vea la gran bondad de esta compañía que, aunque hubo estas dudas y escrúpulos, con tanta prontitud y simplicidad obedecieron al indubitado general de la orden, por mar y por tierra y en cosas leves y en cosas ásperas que se ofrecieron, como verdaderos siervos de Dios e hijos de nuestro padre Santo Domingo (58).

A través de estas palabras, fray Tomás de la Torre eleva la estampa de la orden religiosa acercándola a la figura de Dios. Así pues, podemos encontrar comparaciones que asemejan a los frailes dominicos a figuras celestiales: «iban veinte religiosos: mirábanlos los que estaban en Sanlúcar [...] y holgábanse como si vieran venir ángeles» (57). También destaca el poder casi divino que presenta el padre vicario, el cual asegura que podía sentir el dolor ajeno: «El padre vicario tiene una gracia especial en esto que era ir, cual podéis imaginar, que iba sintiendo por propios los males de todos» (136). En este sentido, no se trata más que de una glorificación del sentimiento de la compasión, imprescindible en cualquier buen cristiano.

Por otro lado, el alegato a favor de la orden de los dominicos y su labor en América también está repleto de contraargumentos. Esto se debe a que fray Tomás de la Torre va a referirse a discursos de los españoles en contra de los dominicos. Como ejemplo, destaca su defensa en evangelizar en el idioma nativo de los indígenas, práctica denunciada por los conquistadores: «por hacer a estos cristianos, fue justo todo aquello» (146). A su vez, también indica que no deben de ser los españoles, sino la propia orden la única que debe juzgar los actos de sus integrantes: «comer carne o no la comer, ni es pecado contra Dios ni contra la orden y [...] que, puesto que fuese malo, que la orden tiene jueces de ello, que ellos no lo habían de tratar» (206).

Finalmente, si antes había defendido a su orden mediante referencias generales, la alabanza de los seguidores de santo Domingo también estará directamente relacionada con la descripción completamente subjetiva que hace de su mayor representante en

América, fray Bartolomé de las Casas, creando una especie de metonimia (el fraile por la orden):

A su celo, a su caridad, a su valor se debe el que haya hoy las provincias y reinos que hay, de que su majestad es rey, que de nada le sirviera la tierra sin vasallos, como no le sirve lo que tiene destruido. Y si aquí los tiene, al señor Casas y a los frailes de esta provincia se los debe, que no a mantener contra todo el mundo y el infierno aquesta guerra, ni aquí tuviera el rey vasallos como ya se los iban acabando con sus tiranías (234).

Por otra parte, fray Tomás de la Torre igualmente va a confrontar la labor de las distintas órdenes religiosas en el proceso de evangelización en el Nuevo Mundo, resaltando la de los dominicos por encima de las demás: «había también otro yerro, que ha tocado también a algunas personas cuerdas, y lo tienen hasta hoy, aunque no en nuestra compañía» (191), «y en otros religiosos que no lo han hecho así, lo hemos visto y el día de hoy lo vemos cuánto lo yerran» (259). Dentro de esta comparación, los agustinos son los que peor crítica van a recibir por parte de De la Torre, al no compartir la misma forma de realizar las liturgias sagradas: «estaba allí muy indignado fray Vicente con aquellos religiosos porque jamás cayó en que eran agustinos [...] y como veía otras ceremonias en algo diferentes parecíale muy mal» (56). Por el contrario, sí que dirige buenas palabras a la orden de los franciscanos: «si todas las caridades que aquellos padres nos hicieron, se hubieran de contar, sería hacer de solas ellas una larga historia» (77). Como es de suponer, este contraste que establece entre ambas comunidades religiosas no es fortuito. Si atendemos al contexto histórico, descubrimos que los franciscanos estaban ganando apoyos para tomar el control de ciertos territorios del obispado de Chiapas. Por tanto, era necesario contar una relación cordial con los miembros de esta orden en caso de que los dominicos perdieran el poder bajo la hegemonía franciscana, suceso que acabó ocurriendo unas décadas más tarde. Según Juan Pedro Viqueira:

Los franciscanos llegaron a Chiapas en 1577, invitados por los encomenderos, que buscaban contrarrestar con su presencia el poder de los frailes dominicos empeñados en lograr la disminución de las cargas que pesaban sobre los indios (158).

No obstante, cada exaltación que haga de la orden contará con su respectivo atenuante, reflejando el uso de la *humilitas* que, como ya se ha mencionado, va a estar constantemente presente en la argumentación del fraile dominico. Esta humildad (quizás no tan retórica) puede relacionarse con una reflexión crítica de sus aciertos y errores, hecho que se produce en el momento de la redacción del manuscrito, como cuando relata

el mal trato que recibieron en los barcos por viajar todos juntos: «se entendió cuán gran yerro fue traernos a todos juntos en un navío» (65). Así pues, el relato de viaje también estará motivado por una necesidad de defender la posición de los dominicos en el Nuevo Mundo como potencia religiosa. Para ello, fray Tomás de la Torre juega con ambiciosas comparaciones entre miembros de distintas órdenes, pero también va a mostrarse como un ser humano capaz de errar: «pero en fin, somos hombres y tenemos limitada prudencia y no lo podemos mirar todo» (94).

4.2.3. Alabanza de Dios y de la religión

El último factor que juega un papel importante en la imparcialidad del diario de viaje de fray Tomás de la Torre es la fuerte presencia de la figura de Dios. No es de extrañar, si tenemos en cuenta que el grupo que parte de España está formado íntegramente por frailes cuya misión es extender la fe. Sin embargo, a través de referencias bíblicas, comparaciones con personajes del libro sagrado o apelaciones a Dios, comprobamos que no solo se trata del testimonio de un viaje físico, sino que también lo es de un camino de ascenso espiritual. Así pues, al seguir la voluntad de Dios y tras mucho padecer en su nombre, los misioneros aparecen retratados como si se encontraran en un escalón intermedio entre lo divino y lo terrenal.

Por consiguiente, el grupo se encomienda a Dios desde su partida «como verdaderos siervos de Dios e hijos de nuestro padre Santo Domingo» (58). De esta forma, los frailes consiguen garantizarse un «gran gozo en los cielos y en la tierra» (62). Esta misma idea del éxodo como requisito para acceder al más allá volverá a aparecer al final del viaje: «Dios nos dará de comer, y si muriéremos, no os turbéis. ¡Acordaos cuántas veces os hemos dicho que muchos de los que predicaban la ley de Jesucristo morían por ello, y ahora son amigos de Dios y están en el cielo!» (225). Por tanto, comprobamos que los frailes van a tener que realizar constantes conexiones entre su expedición y la fe cristiana para recordar de forma reiterada que merecen un lugar en el número de los elegidos.

En primer lugar, al igual que van a exaltar la figura de fray Bartolomé de las Casas por motivaciones políticas, en este caso contamos con una constante adoración a Dios: «por la bondad de Nuestro Señor no nos faltó de comer» (36), «que es para alabar a Dios» (109) ... Esta veneración va a permitir mostrar distintas facetas de la divinidad. Así pues, Dios es representado como un guía: «Él guiaba nuestro camino» (46) o «Él solo guiaba y llevaba esta compañía» (62); como un ser que imparte justicia: «no daría placer a los

malos con nuestra muerte» (84); como alguien a quien pedir ayuda: «Gran merced nos hizo Dios Nuestro Señor en esto» (101) o a quien dirigirse en momentos cercanos a la muerte: «De los religiosos algunos se encomendaban modestamente a Dios, otros daban voces llamando el nombre de Nuestro Señor Jesucristo» (84). Su gran devoción por el Señor se ve multiplicada en el momento en el que deben incluso rezarle en secreto, temiendo por su propia vida: «decíamos cada misa en secreto» (71). De la misma forma, venerar al Santísimo incluso iba a suponer su principal forma de sustento ya en la tierra: «hicimos la fiesta de la purificación con gran solemnidad [...] en el pueblo nos hicieron limosnas» (46).

El amparo de Dios también alterará la forma de narrar de fray Tomás de Torre. Dado que pretende otorgar un cierto rigor objetivo a su manuscrito, el hecho de tener que afirmar la existencia de milagros dentro de su itinerario conlleva un cierto debate interno. Así pues, como no va a poder demostrar si los milagros fueron reales, deja la decisión en manos del lector: «No soy amigo de echar las cosas a milagro cuando se puede imaginar alguna causa natural, y yo he dicho lo que pasó, echadlo a la causa que os pareciere» (84). También utiliza fórmulas o sintagmas para no admitir directamente que se trata de un hecho extraordinario: «aunque no osamos decir que fue milagro, tenemos lo cierto por cosa maravillosa» (192) o «fue esto casi milagro» (207).

Por el contrario, si atendemos al número de referencias al demonio, podemos comprobar que son casi tan numerosas como las que se hacen a Dios. La presencia constante del simbolismo del mal hace recordar al lector la importancia que cobra el viaje como proceso de salvación. Además, De la Torre utiliza su figura para relacionarla directamente con la de los codiciosos españoles, principales antagonistas de su relato: «enemigos del Evangelio, ministros de Satanás» (202). Asimismo, el demonio también personifica la tentación de volver a España o de ser persuadido por los conquistadores, que para el fraile dominico suponía la derrota: «a los padres mayores pareció que era abrir puerta a que el demonio tentase a los frailes» (81). Sin embargo, el triunfo del bien sobre el mal es decisivo para consolidar su nueva posición como representantes de la fe en el Nuevo Mundo. De este modo, De la Torre narra como el demonio queda vencido por los dominicos: «el diablo quedaba vencido» (207).

Finalmente, la religión también aparece dentro del manuscrito a través de numerosas referencias bíblicas. Por ejemplo, justo al comenzar su viaje, fray Tomás de la Torre se topa con «dos hermanos que se llamaban Adán y Eva» (44). A su vez, destaca el paralelismo que se establece entre los frailes y la Sagrada Familia al no encontrar un lugar

para dormir, lo que los obliga a hacerlo en un pajar: «y después que llamamos mucho respondiéronnos lo que en el Evangelio se responde a los que llaman tarde, conviene saber: *No sé quién sois*» (51).⁶ En esta referencia evangélica, vemos como De la Torre ya comienza a pensar sobre la importancia que va a tener el pasar penurias en nombre de Dios como una forma de pago por la liberación de su alma. Del mismo modo, acentúa la importancia del perdón como proceso de purificación espiritual: «después conocieron su culpa y se humillaron y nos pidieron perdón» (69). La mención de motivos bíblicos es constante a lo largo de todo el viaje incluyendo a los ángeles: «otros decían que los ángeles soplaban las velas y que no era viento natural» (65), «como si nos lo dijera un ángel» (84) o el infierno: «Si frailes no hubiera, del infierno saliera él a mi llamado» (199). De la Torre también hace alusión a la resurrección: «con aquello comenzamos a caminar y resucitamos a fray Alonso de Villalva que lo hallamos caído con una gran calentura» (140). En este caso, parece indicar que se trata de una hipérbole, porque de no haber atribuido esta acción al poder divino, De la Torre podría haber sido acusado de herejía como le ocurrió a Cabeza de Vaca. Por otro lado, De la Torre también hace alusión a la reproducción de comida: «parece que se multiplicaba y no era alimento de hombres terrenos sino que era como maná bajado del cielo» (213). En el manuscrito van a aparecer comparaciones con santos: «como si fuese un santo que Dios allí le echaba del cielo» (207) y cuerpos incorruptos: «dicen todos que fue santo, y hasta hoy dice el médico que su cuerpo muerto vencía todos los suaves olores del mundo» (209). Finalmente, describe el episodio en el que un religioso es asesinado por su fe y se convierte en un mártir: «enviándole el alma al cielo, con corona de martirio y el cuerpo a la mar, envuelto en sus propios hábitos» (215).

Todo esto nos demuestra que el diario de viaje esconde mucho más de lo que parece en una primera lectura. Así pues, encontramos un discurso plenamente político, un alegato en defensa de la orden de los dominicos y su evangelización y un testimonio que lo convierte en un libro sagrado. La presencia de cuerpos que no se descomponen, mártires y milagros no va a ser fortuita ni el resultado de una sesgada visión de la realidad. Fray Tomás de la Torre era consciente en todo momento de que, gracias al carácter

⁶ Corresponde con el Evangelio de Lucas: «Camino de Jerusalén, enseñaba en los pueblos y aldeas que iba atravesando. Uno le preguntó: —Señor, ¿son pocos los que se salvan? Jesús dio esta respuesta: — Forcejead para abriros paso por la puerta estrecha, porque os digo que muchos intentarán entrar y no podrán. Una vez que el dueño de la casa se levante y cierre la puerta, por mucho que golpeéis la puerta desde fuera gritando: «Señor, ábrenos», él os replicará: «No sé quiénes sois». Entonces os pondréis a decirle: «Si hemos comido y bebido contigo, y tú has enseñado en nuestras calles»; pero él os responderá: «No sé quiénes sois; ¡lejos de mí 28 todos los que practicáis la injusticia!» (Nueva Biblia Española, Lucas, cap. 13, vs. 22-27).

plenamente religioso a su narración, sus argumentos iban a cobrar mucha más validez. De esta forma, consiguió afianzar un testimonio y unas ideas a través de las cuales poder ganar apoyos por parte de otras órdenes religiosas o instituciones de poder en su intento utópico de evangelización y en la implantación de las Leyes Nuevas según indicaba Las Casas. Si se toma exclusivamente una visión histórica del viaje, toda esta carga subjetiva puede pasar inadvertida para el lector, pero, sin embargo, se ha intentado demostrar que el autor exhibe un gran dominio de las fuentes bíblicas, de la retórica y de la construcción de relatos.

5. Caracterización de dos mundos

A la hora de la redacción del manuscrito, fray Tomás de la Torre es plenamente consciente de que se dirige a un lector que se queda atrás y que nunca ha visto América con sus propios ojos. Si atendemos a la estructura que plantea Valeria Añón sobre el diario de viaje (16), vemos que el último componente que queda por comentar es el uso de digresiones. En este punto, ya hemos visto como el relato presenta un fuerte antagonismo entre el Nuevo y el Viejo Mundo y, especialmente, entre españoles y religiosos. Esta oposición constante también es visible en la descripción.

5.1. Visión de España y de los españoles

La caracterización de España y de sus habitantes va a estar concentrada en dos momentos del viaje. Por un lado, nos topamos con las descripciones que De la Torre hace desde su partida del convento de San Esteban el 12 de enero de 1544. En este punto, la visión del español es favorable, puesto que comenta cómo su grupo fue ayudado en múltiples ocasiones: «sin duda las caridades que nos hicieron y la gracia con que se hicieron no se puede decir con palabras» (37). De la misma forma, el obispo de Sevilla también recibe buenas palabras por parte de De la Torre: «procurando poner en libertad todos los indios esclavos que allí se hallaron» (58). Si atendemos a la historia, no es de extrañar que esto sea así puesto que, en aquel momento, el obispo de Sevilla era García de Loaysa y Mendoza, miembro de la orden de los dominicos.

Por otro lado, una vez en América, nos topamos con serias dificultades para encontrar una visión positiva de los españoles. No obstante, hay alguna evidencia de ello y De la Torre no duda en incluirla dentro de su narración: «No lo decían todos, que aun entonces había, aunque pocos, quienes nos hiciesen bien y nos proveyesen de vino para las misas»

(168), «los españoles se espantaban cómo allí vivíamos y, aunque enojados, sin duda nos habían lástima y nos enviaban esteras» (250). Sin embargo, vemos que la visión positiva de estos españoles no va a estar influida por su trato a los indios, sino por su buen trato a los misioneros. Por el contrario, las descripciones peyorativas de los españoles tanto en España como en América van a ser constantes. Si prestamos atención a los estudios de Orique, vemos que la llegada de Las Casas junto con los demás misioneros tenía un objetivo claro:

Las Casas ahora estaba listo para utilizar el Sacramento de la Confesión [*sic*] como un remedio total (de hecho, como un arma) para propiciar la sanación de los pueblos indígenas, facilitar la salvación eterna de los españoles en las Indias y, simultáneamente hacer cumplir las Leyes Nuevas de 1542, al menos en la diócesis de Chiapa, como era su deber como obispo (95).

Así pues, si bien sus intenciones eran claras, los españoles estaban dispuestos a hacer todo lo posible porque no se cumplieran. Además, su poder era mucho mayor que el de los religiosos y se encontraban en situación de desventaja. La única arma que tenían para defenderse de ellos era la palabra. Por tanto, no es de extrañar que ya la primera referencia a los conquistadores americanos presente cierta carga negativa: «su insaciable codicia y su inaudita crueldad y tiranía» (72). Estas descripciones van a estar presentes a lo largo de toda la narración. Además, muestran un esquema similar al de la relación de Las Casas mencionada anteriormente, puesto que indican la brutalidad extrema a la que podían llegar los españoles: «aquel español mataba a los indios y que tenía en caballeriza una garrucha donde los colgaba de los brazos vueltos por las espaldas» (189), «Y había aquel español quemado y matado más indios que barbas tenía el rostro» (189). La blasfemia también es otro de los rasgos que van a caracterizar a los conquistadores españoles: «porque por el nombre de Dios que tienen en sus lenguas llamaban a los españoles [...] no se hallara que cristiano se lo reprendiera» (199).

Además de la palabra, el sacramento de la confesión será otro de los factores que coloquen a los misioneros en situación de superioridad frente a los españoles. De la Torre escribe: «no se podían salvar en aquella vida y que eran robadores públicos e infamadores del evangelio» (95). Evidentemente, esto no sentó bien entre los conquistadores, que consideraban que eran tratados como herejes «decían que teníamos nuevas opiniones y que los tratábamos como a herejes» (189). Estos llegaron incluso a escribir al rey en busca de ayuda, lo que implica el importante peso que tenía la religión en la época para los españoles, incluso en su nueva vida más allá del Atlántico: «escribanos protestando de se

quejar de él, al rey y a sus altos consejos, al arzobispo y al papa, que les negaba los sacramentos y les excluía de lo que los cristianos gozaban» (166).

Por otra parte, estas descripciones negativas de los españoles van a suponer ciertas ventajas para los dominicos. Fray Tomás de la Torre debía justificar su evangelización y para ello, era necesario desacreditar a aquellos que la estaban llevando a cabo antes que los misioneros. Así pues, considera que no son aptos para evangelizar porque solo se centraban en las mujeres para poder casarse con ellas: «y con este catecismo hay algunas indias bautizadas más que indios» (91) o directamente, no ejercen su función como predicadores de la palabra de Dios: «todas las gentes de estas provincias son infieles y sin bautizar, por no tener quien les enseñe nada» (91). De la misma forma, aparecen descritos como seres que corrompen hasta la lengua de los indios: «pero como los españoles, como todo en esta tierra han corrompido, también han corrompido la lengua» (115), «pero los españoles corruptores de la lengua lo llaman *tamemes*» (123). La *humilitas* también va a estar presente en la caracterización de los españoles, por ejemplo, cuando compara sus humildes iglesias frente a las lujosas casas de los conquistadores: «digo bonica para según son las iglesias en aquesta tierra en los pueblos de españoles, aunque sus casas son asaz soberbias y galanas y costosas» (165). A pesar de todo, De la Torre no dejará de indicar, probablemente sin ironía, que siente un fuerte amor por los españoles: «el amor que teníamos a los españoles, que eran en fin nuestra carne y nuestra sangre» (206).

Como consecuencia, toda esta lucha por la implantación de las Leyes Nuevas y su defensa frente a los españoles al caracterizarlos de forma peyorativa supondrá que tanto De la Torre como sus compañeros teman por su propia vida: «el recibimiento sería con muchos arcabuces si Dios no se apiadase de nosotros» (86), «recelo que tenían de que les quemasen la casa algunos malos hombres que los aborrecían de muerte por la defensa de los indios» (212).

Por el contrario, las mujeres cuentan con una visión mucho más favorable por parte del fraile dominico: «de la marquesa nos despedimos como de nuestra madre» (39), «la duquesa nos enviaba dineros para misas» (58), «la virreina nos enviaba cada día un carnero» (68)... Una vez en América, se mantendrá esta tendencia a favorecer la imagen de las mujeres como una negra que había alcanzado la libertad: «la buena negra: ¡Plegue a Dios que la veamos en la gloria!» (82); la de una viuda española que es la primera en arrepentirse de sus actos: «diciendo que ella no había jamás pensado que era pecado, pero que mejor lo sabíamos nosotros que ella» (80); o unas ancianas que ayudaban a los

misioneros: «sin duda lo hicieron muy bien especialmente unas viejas españolas que allí hay, que mostraron dolerse mucho de nuestros trabajos» (249). Esto puede indicar que las pretensiones de poder y autoridad quedaban relegadas al sector masculino, mientras que las mujeres se presentaban mucho más favorables a la causa de los dominicos.

En cuanto a los paisajes, predomina la descripción de España como un lodazal: «llegamos pues, a Monte Hermoso muy sucios y enlodados, porque muchos habíamos caído en el lodo y más mojados que nunca» (42), «nadie se espante por lo que tantas veces repito de las aguas y arroyos, porque muchos habíamos caído en el lodo y más mojados que nunca» (42). Además, la vegetación que aparece en sus descripciones es árida «muchos cardos y espinas que había» (48) y todo ello se ve coronado por fuertes vientos: «hacen unos vientos tan bravos en esta isla que parece querer levantar las sierras» (68). La fauna tampoco cuenta con grandes descripciones, porque los animales suelen aparecer muertos dentro de la narración: «había un gran número de ganado muerto en aquellas riberas que se ahogó con grandes crecientes del río» (54). Como se ha mencionado anteriormente, Ana Díaz considera que estas descripciones son un adelanto de lo que acontecería en el Nuevo Mundo: un lugar hostil y desconocido, fuertes lluvias tropicales y altas cordilleras. Aunque es posible que esta teoría sea cierta, desde mi punto de vista la ausencia de fascinantes descripciones del paisaje español está motivada por el hecho de que a De la Torre no le interesa pormenorizar detalles que son conocidos por gran parte de sus lectores. Por el contrario, sí que va a estar dispuesto a describir todas las penurias que tuvo que sufrir en nombre de Dios en un intento de justificar su hueco en el más allá.

5.2. Visión de América y de los indios

No es de extrañar que fray Tomás de la Torre se convirtiera en una fuente de información fiable para algunos intelectuales como Remesal y Ximénez. Aunque los testimonios que quedan de su obra son escasos, gracias a las detalladas explicaciones de carácter antropológico y el pormenorizado estudio del paisaje americano, su texto ofrece un matizado boceto de la América del siglo XVI. Por tanto, esto nos lleva a pensar que uno de los principales propósitos de De la Torre fue el de detallar minuciosamente todas sus percepciones para aquellos que quedaron en España.

Principalmente cobran especial relevancia las referencias que el fraile dominico escribe con respecto a los indios: «iban todos desnudos en carnes, solamente cubrían sus

vergüenzas con una manta poco más ancha que una mano» (88). En principio, los indios son descritos de forma favorable «muy lindos hombres, que es placer verlos; andan desnudos como arriba dije» (90). Por el contrario «las mujeres son feas y abominables, andan descalzas y el cabello suelto y una manta rodeada y mal atada. Traen desnudo el ombligo arriba y de la rodilla abajo, es abominación verlas» (90). A través de esta descripción de dos perfiles tan enfrentados, podemos observar un cierto sesgo machista, reflejo de una sociedad patriarcal incluso dentro del seno de la Iglesia. Además de su aspecto físico, De la Torre también explica sus distintas idolatrías en un intento de justificar la necesidad de evangelización de estas poblaciones: «porque aquí casi todos eran infieles y los bautizados eran como ya arriba dije sin ningún conocimiento de Dios» (140), «tenían infinitos ídolos, adoraban al sol y sacrificábanle» (189).

Si los españoles quedan dibujados como grandes asesinos, en el caso de los indios se proyecta la imagen contraria. En un primer momento, De la Torre niega la existencia de rituales sagrados con sacrificios humanos: «pero no sacrifican hombres ni comen carne humana, ni se halló jamás rastro de sodomía en esta provincia» (91). Además, se muestra fascinado por su bondad: «púsonos devoción y admiración ver la caridad de aquellos indios para ser tan bestiales como los españoles dicen que son» (106). Sin embargo, esta descripción es falsa puesto que, más adelante, afirma todo lo contrario: «mataron ciento cuarenta personas de esta manera, setenta de cada parte» (177). Esto demuestra cómo De la Torre va relatando y rectificando sus impresiones conforme las va viviendo sin tener una visión totalmente clara de las cosas. Por tanto, podemos pensar que el manuscrito se iba escribiendo conforme iban sucediendo los acontecimientos.

Finalmente, también quedan caracterizados como pecadores, siendo así otra contradicción que deslegitima a la primera descripción que hace De la Torre de los indios: «había sodomías, tenían muchas mujeres y los que de miedo de los cristianos no tenían más que una, dejábanla cuando querían y tomaban otra» (192). Además, aparecerán en varias ocasiones comparados con los seguidores del islam, recurso frecuente en los textos de conquista: «porque él y los demás que son antiguos en la tierra no creen más nuestra teología y opiniones que los moros el evangelio» (157), «y unas mantas pintadas, como moriscas» (173). De nuevo, estas descripciones le van a servir a De la Torre para justificar su evangelización en el Nuevo Mundo. Así pues, una vez llegados los misioneros a América, vemos cómo las descripciones de los indios cada vez son más favorables a las doctrinas católicas: «y allí comenzaron los indios a abrir los ojos a las cosas de Dios y a perder el miedo terrible que a sus amos tenían» (207).

En lo que respecta a la descripción paisajística, América aparece comparada con el jardín del Edén: «Si yo fuera el descubridor de aquella isla pensara sin duda era el paraíso terrenal por su gran hermosura» (72), «es tan hermoso y apacible que les pareció que salidos del purgatorio entraban en la gloria» (109). No obstante, pese a destacar la gran belleza de los paisajes, también indica todos los lugares que les ocasionaron problemas para expandir la palabra de Dios, como las altas montañas: «decíamos que los demonios habían hecho aquellos caminos para despeñar hombres» (118), o ciénagas en las que crían los mosquitos: «las grandes ciénagas y lagunas que hay y porque los mosquitos nos comerían en vida» (93). Al igual que ocurre con las referencias al paisaje castellano, en América también aparecen cursos de agua de forma recurrente, desde pequeños arroyos a grandes ríos: «había también muchos arroyos y lodos» (118), «topamos un río muy recio» (119).

La tierra también va a ser muy fértil y sus cosechas van a causar gran asombro en el fraile dominico. En el diario de viaje encontramos referencias a frutas como el plátano, el casabe, el ají, los frijoles o el azúcar, cuyas descripciones se prolongan páginas enteras. Entre ellas, destaca la comparación que hace entre la piña tropical y el melón en un intento de contentar al lector que no puede saborear esas frutas exóticas: «la más principal es la piña [...] [el sabor] nos pareció de melones pasados de maduros y asados al sol» (73). También destaca la descripción que incluye del cacao, no solo como alimento, sino como moneda: «son ricos de infinito cacao. Es moneda de los indios y hace ricos a los españoles, porque con ella contratan con los indios» (114).

De la misma forma, la nómina de animales es muy extensa: «hay en esta tierra tigres, leones, venados y papagayos» (90) o «unas avecillas nocturnas que llaman tzinacan, que son murciélagos» (121). La alimentación también va a incluir a parte del reino animal como las iguanas:

No tenían que comer sino iguanas, que los españoles bautizaron por pescado [...] pero a parecer de muchos y sabor que todos hallan en ellas, son conejos muy buenos. Tienen parecer de lagartos o de sierpes muy fieras. Tienen el cuerpo pintado de verde y negro y tienen dientes con que hacen mal; tienen la cola de una vara de largo, la mitad verde y la mitad negra a pedazos (113-114).

Por tanto, vemos cómo, mediante extensas digresiones, De la Torre busca ofrecer una imagen global de un territorio todavía desconocido para muchos. Esta característica será clave a la hora de clasificar este relato como un diario de viaje. Además de describir alimentos, paisajes y animales, también incluye un asombroso testimonio antropológico

que nos permite descubrir cómo se comportaban las civilizaciones americanas en un momento en el que empezaba a haber un fuerte choque de culturas. También De la Torre se sirve de ello para volver a justificar sus motivaciones políticas y religiosas.

6. Conclusiones

Como se ha podido comprobar hasta ahora, el diario de viaje de fray Tomás de la Torre presenta unas características únicas que suscitan un gran interés desde una perspectiva filológica. Teniendo en cuenta la existencia de múltiples recopiladores que han ido incorporando sus voces en la narración, supone un gran reto determinar hasta qué punto es una obra propia de De la Torre. En el caso de la *Historia* de Antonio de Remesal de 1620, observamos una transcripción incompleta y muy modificada con el propósito de cumplir con los requisitos de la narración. En este caso, se recurre al uso de la tercera persona del singular y el narrador se muestra al margen de los hechos narrados. Por otro lado, la transcripción de Francisco Ximénez, incluida en su *Historia* de 1714, aunque busca ser fiel al manuscrito original, también cuenta con un cierto grado de hibridación entre su voz y la de De la Torre.

Así pues, gracias a un estudio que establece una diferenciación entre enunciado y enunciación ha sido posible descubrir algunos momentos en los que se evidencia un cambio de registro o de recurrencias sintácticas que permiten entrever la influencia de fray Francisco Ximénez. En parte, esto va a estar motivado por la constante recurrencia a la primera persona del plural que Tomé y Fábregas caracterizan como rasgo de una autobiografía coral. Sin embargo, esta voz colectiva no solo queda aplicada a los dominicos que viajaron a América, sino a toda la congregación religiosa. El propio Ximénez así lo menciona en su transcripción. Por tanto, esto nos permite rechazar teorías como la de autobiografía corográfica, propuesta por Ana Díaz, porque la intención de De la Torre no solo será ofrecer las mayores referencias posibles de su viaje, sino que también va a implicar la construcción de un sujeto que represente toda una colectividad.

Por otra parte, el diario de viaje cuenta con una gran cantidad de motivaciones que lo convierten en un texto propagandístico si atendemos a razones políticas como lo es la defensa de las Leyes Nuevas o la figura de Bartolomé de las Casas, personaje que representa a toda la congregación de frailes dominicos. No obstante, este carácter propagandístico no es exclusivo de este diario de viaje, puesto que ya comenzaba a existir

una cierta tradición anterior de relatos virreinales propagandísticos como la *Brevisima relación* de Bartolomé de las Casas o el *De indis* de Francisco de Vitoria.

De la misma forma, De la Torre también intenta justificar la presencia de la orden de los dominicos en América y su proyecto utópico de evangelización al mismo tiempo que denuncia los desmedidos abusos de los españoles sobre la población indígena. A su vez, la influencia de la literatura, los mitos y la imaginación van a alejar al relato del concepto de objetividad tal y como lo conocemos hoy en día, dando como resultado una obra híbrida que presenta una realidad influenciada por la tradición cristiana. Las referencias bíblicas van a jugar un papel importante dentro de la narración al incluir mártires, cuerpos incorruptos o milagros dentro de un relato de viajes que, en principio, no está pensado para coger todos estos sucesos.

Finalmente, si atendemos a las digresiones que el fraile dominico hace dentro de su discurso, podemos comprobar cómo el diario de viaje también se convierte en una gran fuente de información histórica y antropológica. En principio, esto se debe a la importancia que De la Torre dio a las constantes referencias al entorno por el que viajó, teniendo siempre presente a aquel receptor que ha quedado en España y al que le ha sido imposible conocer el Nuevo Mundo.

De esta forma, comprobamos cómo el diario de De la Torre no sólo es una exclusiva fuente de información para la historiografía o la antropología, sino que presenta ciertas características únicas que son dignas de un profundo análisis filológico. Sin embargo, pese a ello, todavía sigue siendo una obra marginal y muy poco estudiada. Por tanto, considero que es necesario hacer una nueva revisión de las fuentes sobre el Nuevo Mundo en la cual, sin ninguna duda, debería estar presente este diario de viaje.

7. Bibliografía

7.1. Primaria

- Casas, Fray Bartolomé de las. *Brevísima relación de la destrucción de las Indias*. Ed. José Miguel Martínez Torrejón. Barcelona, Galaxia Gutenberg; Círculo de lectores, 2009.
- Remesal, Antonio de. *Historia general de las Indias Occidentales, y particular de la Gouernacion de Chiapa, y Guatemala*. Madrid, Francisco de Abarca y Angulo, 1620,
<<https://bvpb.mcu.es/es/consulta/registro.do?id=397417&formato=ficha&aplicar=Aplicar>>. [Consultado el 26 de mayo de 2022].
- Torre, Friar Tomas De La. “Travelling in 1544: From Salamanca, Spain to Ciudad Real Chiapas, Mexico.” Ed. Frans Blom, *The Sewanee Review*, vol. 81, no. 3, JSTOR, 1973, 429–569, <<http://www.jstor.org/stable/27542736>>. [Consultado el 14 de abril de 2022].
- Torre, Fray Tomás de la. *De Salamanca, España, a Ciudad Real, Chiapas (1544-1546)*. Ed. Pedro Tomé y Andrés Fábregas. Madrid, CSIC, 2011.
- Torre, Fray Tomás de la. *Diario de viaje. De Salamanca a Chiapa. 1544-1545*. Ed. Cándido Aniz. Caleruega, OPE, 1985.
- Ximénez, Francisco. *Historia de la provincia de San Vicente de Chiapa y Guatemala de la Orden de Predicadores*. Ed. Juan Antonio Villacorta, vol. 1-3, Guatemala: Tip. Nacional, Sociedad de Geografía e Historia- Biblioteca 'Goathemala', 1929-1931, <bibliotecadigital.aecid.es/bibliodig/es/catalogo_imagenes/grupo.do?path=1004794&presentacion=pagina&posicion=7®istrardownload=0>. [Consultado el 21 de mayo de 2022].

7.2. Secundaria

- Aniz, Cándido. “Introducción”. En Fray Tomás de la Torre: *Diario de viaje. De Salamanca a Chiapa. 1544-1545*. Caleruega, OPE, 1985.
- Añón, Valeria. «Narrativas de viaje y espacialidad en crónicas de la conquista de América. Apuntes comparativos para una discusión». *Anales de Literatura Hispanoamericana*, vol. 43, n.º. especial, 2014, 13-31, <https://doi.org/10.5209/rev_ALHI.2014.v43.47164>. [Consultado el 3 de abril de 2022].
- Cantú, Francesca. “América y utopía en el siglo XVI.” *Cuadernos de Historia Moderna. Anejos*, n.º. 1, 2002, 45 - 64, <<https://revistas.ucm.es/index.php/CHMO/article/view/CHMO0202220045A>>. [Consultado el 10 de abril de 2022].

- Díaz Serrano, Ana. "Biografías de los hombres de Dios. Fray Tomás de la Torre y la primera experiencia evangelizadora de los dominicos en Chipas y Guatemala (siglo XVI)." *Nuevo Mundo - Mundos Nuevos*, n°. 1, 2022, <journals.openedition.org/nuevomundo/86793>. [Consultado el 14 de abril de 2022].
- Mignolo Walter D., "Cartas, crónicas y relaciones del descubrimiento y la conquista". *Historia de la Literatura Hispanoamericana*, vol. 1, Madrid, Cátedra, 1982, 57-102.
- Nueva Biblia Española*. Ed. Juan Mateos y Luis Alonso Schökel. Madrid, Ediciones Cristiandad, 1993.
- Oriqué, D. "Un Muy Breve Relato De Una Vida Muy Larga". *Itinerantes. Revista De Historia Y Religión*, n°. 7, 2017, 83-105, <<https://revistas.unsta.edu.ar/index.php/Itinerantes/article/view/21>>. [Consultado el 7 de abril de 2022].
- Pupo Walker, Enrique. "Notas para la caracterización de un texto seminal: los *Naufragios* de Alvar Núñez Cabeza de Vaca." *Nueva Revista de Filología Hispánica*, vol. 38, n°. 1, 1990, 163–196, <<https://doi.org/10.24201/nrfh.v38i1.776>>. [Consultado el 21-12-2021].
- Tomé, Pedro y Andrés Fábregas. "Introducción". En Fray Tomás de la Torre: *De Salamanca, España, a Ciudad Real, Chiapas (1544-1546)*. Madrid, CSIC, 2011. 17-30.
- Viqueira, J. "Geografía religiosa del obispado de Chiapas Y Soconusco (1545-1821)". *EntreDiversidades*, vol. 1, n°. 9, 2017, 147-207.